

## La doncella ronda por su barrio

Escribe: **DARIO ACHURY VALENZUELA**

— II —

### SANTIAGO Y SUS HIDALGOS

En la edad en que la niña Francisca Josefa de Castillo dio en la flor de lucir alegres y vistosas galas y en el femenino capricho de los untos, afeites y aguas de rostro, sustraídos de las redomas y bujetas del tocador materno, para parecer bien ante la cohorte de precoces galanes que sin descanso la rondaban; en esa edad, decimos, la rapaza debió ser andariega, si bien no mucho, por ser su padre, don Francisco Ventura, poco inclinado a permitir que su hija menor anduviese de un lado a otro en corros de “muchachas en flor”. No obstante, ya picada en su vanidad, Francisca se ingeniaría trazas para burlar la estricta vigilancia paterna, y, de raro en raro, y a la sombra tutelar de una muy virtuosa tía suya, desde luego, daría sus escapadas para visitar a una que otra amiga o a parientes de su edad. Con este motivo tendría ocasión de evadirse de su barrio de Las Nieves y adentrarse en los dominios del rumboso cogollo de los hidalgos santiagueños; y cuando ya curada de vanidades, que en verdad muy poco habrían de durar, solía ir a la iglesia de la Compañía, adscrita a la parroquia primada, no sería extraño que Francisca topara con algunos amigos o amigas de la casa, bichoznos seguramente de don Gonzalo Suárez Rendón, quien a sus hazañas de conquistador de indios sumó las de prudente previsor, puesto que, sabiendo cuán caducas son las glorias de este mundo, se apresuró a poner en salvo a sus deudos de la inminente pobreza, dejándoles en herencia una espléndida mansión, paredaña a la iglesia catedral: casa de dos cuerpos con espacioso antepatio encuadrado por columnas y arcadas de piedra, con amplias salas de laborioso artesonado y pinturas al fresco, tales como los que hoy se admiran en la casa de don Juan de Vargas, su vecino. No faltaría ocasión en que Francisca entrara en esa mansión, casi sequiscentenaria entonces, y allí le parecería escuchar el eco de aquellas famosas tertulias en que don Gonzalo, en la grata compañía de sus veteranos compañeros de empresas y aventuras, y alumbrado por esa vívida llama endiablada que los buenos

vinos de España prenden en los cerebros, soltaba su lengua de buen magagueño para recordar imposibles de Flandes e increíbles de este Nuevo Reino, en un íntimo ambiente de nostalgias y júbilos marcesibles.

Otras veces, la niña Francisca, calzando sus quince mayos impolutos, vería pasar a su lado los hidalgos, ya muy amestizados y muy venidos a menos, de las enantes alcurniosas mansiones de Diego Rincón, encomendero de Busbanzá y Suta, casado con doña María Zambrano, hija del capitán Bartolomé Camacho, y concuñado de Francisco Niño Bueno, bisabuelo de sor Francisca, y vecino, finalmente, del Convento de Santa Clara; de Juan de Llanos Valdés, dueño en sus tiempos de buena casa a la retaguardia de la iglesia mayor; de Miguel Suárez, hermano del fundador; de Esteban Albarracín, encomendero de pro; de Juan de Zárate y Chacón, Corregidor y Justicia Mayor de la ciudad, cuya casa lucía portada con escudo ovalado en que campeaban una encina y a ella arrendado un ahora fatigado corcel.

Otro día toparía la ventura abadesa de Santa Clara, en su ocasional deambulacion, con otros vecinos del barrio de Santiago Mayor, adscritos, por la gracia de Dios y la inexorable fidelidad de la sangre, al linaje, en sexta generacion descendente, del capitán Juan de Sandoval, compañero de Jiménez de Quesada, dueño de dos pueblos en jurisdiccion de Tunja y de cuatro casas en la ciudad. Yendo a la iglesia de la Compañía, donde solía predicar uno de sus futuros confesores, el padre Pedro Calderón, tendría ocasion de pasar por frente de la casa de don Luis Arias Maldonado, ubicada precisamente a espaldas de la misma iglesia. Allí se detendría, no solo una sino muchas veces, a admirar el escudo cuartelado que decoraba la portada de piedra de la casa de don Luis, escudo que ostentaba tres lanzas, un infoliado peral silvestre, un lebrel y un abjurado castillo con tres torres almenadas.

Por ser parientes suyos, aunque algo lejanos, Francisca visitaría de cuando en cuando la casa de los descendientes de don Sebastián de Velandia, esposo de doña Clara Suárez de Figueroa, nieta del fundador Suárez Rendón. Don Sebastián, encomendero de Inza, vivía en una casa de la esquina sureste de la Plaza Mayor con entrada sobre la Calle Real.

En sus visitas al Convento de Santa Clara, antes de ingresar definitivamente allí, la joven Francisca cambiaría saludos, los meramente protocolarios y usuales entre gentes que apenas se conocen, con los bisnietos de don Alonso Rivera de Santa, que vivían en casa esquinera, distante dos cuadras del convento. Don Sebastián fue dueño, en sus tiempos, de dos casas más, situadas en la vecina parroquia de Las Nieves.

Quizás por vivir en una casa frontera a Santa Clara, los herederos de doña Helena Sánchez de Valdemar tuvieron oportunidad de conocer y tratar a la reverenda madre Francisca Josefa de la Concepción. Portera en tres o cuatro ocasiones, nada tiene de extraño que esta, por razón de las continuas aulagas en que vivía el convento, tuviera que acudir en ocasiones a sus vecinos de enfrente para algún fortuito menester. También

fue vecino frontero del claustro de Santa Clara, en 1623, el hermano de doña Helena, el encomendero don Gabriel de la Parra. Doña Helena casó con el bachiller don Pedro de Valdelomar, procurador de la ciudad.

No sabemos si Francisca tuviera noticias ciertas, o vagas, o nulas, acerca de don Juan de Castellanos, beneficiado de la iglesia mayor de Santiago ciento veinte años antes de venir ella al mundo. Menos aún se sabe si nuestra clarisa hubiera leído, o no, la primera parte de las *Elegías de varones ilustres de Indias*, en la edición madrileña de 1585. Pero para ella, que casi nunca logró apartar de su mente la idea de la muerte, no pudo pasar desapercibido el dintel de una casa situada en la misma manzana de la iglesia mayor, dintel en el cual estaba esculpida en piedra una cruz y al pie suyo una calavera, evocación de la muerte, ilustrada con esta inscripción: *Qui mortem nostram moriendo destruxit et vitam resurgendo reparavit*. A fuerza de inquirir una y otra vez sobre quién hubiera mandado esculpir aquel emblema y cuya era la casa que en su portada tal insignia mostraba, no faltaría persona ilustrada del lugar que le contestara haber sido el beneficiado Juan de Castellanos su dueño y quien ideó la interpretación escultórica del sacro texto. ¿Pero qué tunjano, prisionero de una atmósfera, en sus distintas capas presionada por la melancolía, pudo sustraerse a la obsesión de la muerte? En esa misma casa, o en otra aledaña, vivió catorce años antes de nacer Francisca, otro beneficiado jacobeo, y maestro, hasta ahora sin segundo, en el arte del verso al modo de Góngora cincelado. Aludimos a don Hernando Domínguez Camargo, a quien Dios y las musas hayan acogido en su seno por toda una poética eternidad.

Otros dos sacerdotes, el beneficiado don Sancho Ramírez de Figueroa y el presbítero don Juan Bravo de Guzmán, fueron vecinos, por allá en 1623, de la parroquia de Santiago. Fue este, hijo de don Pedro Bravo de Rivera y de doña María de Guzmán. Otro Pedro Bravo de Rivera, amante y vecino de la tristemente célebre doña Inés de Hinojosa, fue ahorcado como reo convicto del asesinato de don Jorge Voto, esposo de doña Inés.

Faena comparable a la de Penélope sería la de urdir y deshacer aquí la tela tejida con los nombres de los posibles conocidos, agnados y cognados contemporáneos de la señora Francisca Josefa de Castillo. Debemos entonces limitarnos a una simple enunciación de nombres sin detenernos en puntillos de prosapia y de cargos más o menos honorarios, sin pararnos en pelillos de caudales grasos o enjutos, ni en minucias heráldicas. Esto, en cuanto a los feligreses de la parroquia de Santiago, pues en lo que atañe a los de la parroquia de Las Nieves, en cuyo vecindario se contaba la familia de nuestra prelada, debemos detenernos un tanto, con ánimo de precisar en lo posible el ámbito inmediato dentro del cual discurrió la puericia, adolescencia y juventud de la autora de los *Afectos espirituales*.

Y va de cuento: no es imposible tampoco que en el camino de Francisca se hubieran cruzado y entrecruzado los descendientes de los encomenderos e hidalgos de ganancia y patrimonio exentos; dueños, por títulos he-

redados, de las mejores casas del núcleo urbano de Tunja. Tales los Riaño y los Buitrón de Mojica; los Betancour y los Carvajal; los Laserna de Mojica, los Holguín Maldonado y sus colaterales, los Bravo Maldonado; los Bravo Molina —tan abrumados de escudos y escarapelas nobiliarias—; los Cifuentes Montalvo —no menos agobiados de linajudos palos, barras y roeles—; los Ibáñez Hermoso, tan pagados de sus leones rampantes y lampasados, seguidos muy de cerca por los Ortiz de Godoy, mestizos de muchas campanillas y de escalofriantes emblemas en sus cuartelados escudos.

Detengámonos ahora en esta circunambulación para entrar un momento a una casa que linda con el hospital y está a dos cuadras de la plaza mayor. En ella viven ahora, en 1689, los bisnietos de don Pedro Niño, natural de Palos de Moguer, en donde nació aproximadamente en 1517. En 1540 llegó al Nuevo Reino, formando parte de la expedición que de Santa Marta salió al mando de Jerónimo Lebrón, y fue uno de los fundadores de Málaga y participó en acciones contra Gonzalo de Oyón y Lope de Aguirre. Se radicó luego en Tunja, alrededor de 1567. Allí casó dos veces, la primera con una hija de Pedro Sánchez de Velasco, de la cual no le quedó sucesión, y la segunda con doña Isabel (Camacho) Zambrano. Hijos de Pedro Niño y de esta Isabel fueron: el capitán Pedro y doña Elvira Niño Zambrano, casada esta con el capitán Jerónimo Donato Rojas, hijo del ya muy mentado capitán Martín de Rojas. Parece que don Pedro, el viejo, fue hermano de don Francisco Niño Bueno, y que este, o un homónimo suyo, fue el bisabuelo de sor Francisca. A este respecto hay una duda que en su oportunidad, cuando tratemos de Francisco Niño Bueno, será expuesta. De su solución depende que don Pedro Niño haya sido, o no, tío en segundo grado de la V. M. de Castillo. En caso afirmativo, esta, en su niñez, debió frecuentar esta casa de sus primos, y uno de estos fue quizás quien la requirió de amores y le propuso matrimonio cuando ella apenas tenía doce años, prometiéndole que viajaría a Roma para obtener las dispensas del caso por ser ambos muy cercanos parientes.

Paso obligado para la gentil Francisca, cuando iba con su prima a la iglesia de los jesuítas, sería la casa donde vivía el capitán Félix Rojas, situada a cuadro y media, bajando en dirección a la plaza mayor, de la casa del capitán Martín de Rojas, bisabuelo de nuestra escritora. Esto, en el caso de que ella hubiera habitado allí. No sabemos si don Martín y don Félix estuvieran unidos por vínculos de sangre. La casa de don Félix era muy espaciosa, y tanto, que ella sola ocupaba más de media cuadra. Su solar colindaba con la casa de doña Isabel Ruiz de Quesada, esposa en segundas nupcias de Rodrigo Suárez Sabariego, hermano del fundador de la ciudad, encomendera de Tupia y Cuítiva y viuda, sin hijos, del conquistador Pedro López de Monteagudo. De ella se tratará también en otro lugar. En la Relación de 1610 figura el capitán Rojas como encomendero, casado y con hijos.

¿Fue Francisca amiga o conocida de los Vargas, choznos o bichoznos de don Juan de Vargas, afortunado dueño de la que hoy llaman “Casa del Pino”? ¿Alguna vez admiraría ella las cartelas pintadas al temple

que exornan la techumbre de dos de las estancias de la famosa mansión de los Vargas? Es muy posible que no, porque, si bien en una de tales pinturas campeaba el monograma de los tres dulces nombres de Jesús, María y José, en su dintorio aparece una Minerva, aligerada de peplos y túnicas, en compañía de las tampoco muy vestidas deidades del Olimpo, que los entendidos dicen ser Júpiter, Apolo y Hércules. Francisca demostró ser muy escrupulosa en esto del desnudo como tema pictórico. Ella misma nos cuenta en un pasaje de *Su vida* cómo el demonio, en forma de gallina y con muchas vueltas y cacareos le señaló el lugar donde una niña, que se disponía a ser monja, guardaba algunas pinturas, que imaginamos serían de cristianos y cristianas en semicueros, dados los aspavientos que la casta hermana Francisca hace al referir el caso. El que la niña de Castillo no hubiera conocido tales figuras mitológicas, o más aún, se hubiera negado verlas, quiere decir que no gustase ella de la mitología. Al contrario, en uno de sus *Afectos espirituales* nos cuenta cómo en alguna ocasión se le mostraron las tres Parcas en figura de unas viejitas que pasaban el tiempo entre tejer y destejer una tela y entre devanar unos largos hilos, que luego una de ellas cortaba con inocultable sañosa alegría. En cuanto a los paquidermos que en las dichas cartelas aparecen como escapados de la jungla africana para admirar la gentil apostura de las deidades del Olimpo, uno de ellos, el rinoceronte, se lo birló el anónimo pintor nada menos que a Alberto Durero; y el otro, el elefante, parece haber sido plagiado también a otro artista, si bien no tan afamado como el nuremburgués ilustre. De haberlos visto la hermana Francisca Josefa, su memoria los hubiera retenido para enriquecer su ya de por sí copiosa fauna demoníaca, que incesantemente desfila por las páginas del libro de su vida y del libro de sus sentimientos espirituales.

Con esta visita a la casa de don Juan de Vargas concluye nuestro imaginario deambular por los términos de la primada parroquia de Santiago el Mayor, para iniciar, en su segundo tranco, el alinderamiento, con hitos humanos, del curato de Las Nieves.